La cuestión económica

Errico Malatesta

1884

El descubrimiento más grande de este siglo fue hecho por *La Internacional* cuando proclamó que la cuestión económica es fundamental en la Sociología, y que otros asuntos —el político, el religioso, etc.—, son meramente sus reflejos, incluso quizás las sombras que proyecta.

Por cierto, en el pasado, careciendo de esta clave, todos los problemas políticos (en el más amplio sentido, abarcando todo lo relacionado con la existencia de la sociedad) eran insolubles, de hecho, insondables.

En Grecia, por ejemplo, para entregar el mayor

bienestar al pueblo, buscaron el mejor gobierno, o "el gobierno de la mayoría". Pero al final, resultó que el gobierno es siempre gobierno de los pocos y tampoco de los mejores sino de los canallas — ya fuese monarquista, aristocrático, o democrático, era aún despótico o, para usar un término moderno, el negocio de los que tienen.

Roma se acercó más a la verdad, cuando buscó el fénix del bienestar social en la igualdad de circunstancia para todos los ciudadanos del Estado. Las leyes agrarias que se proclamaron veintisiete siglos atrás en el Campidoglio, más las guerras social y de esclavos demuestran que había un vago indicio de la verdad: que las circunstancias económicas son la verdadera vara de medición del estatus civil y político de una persona o de una clase. Pero tener un indicio es una cosa y comprender y anunciarlo es otra; siendo lo primero un tenue destello y lo segundo una luz. La vaguedad de la idea se reflejó en la vaguedad del conjunto de demandas que se denominaron "Cristiandad primitiva"; y los débiles rayos de sol pronto fueron absorbidos por la oscuridad de la Edad Media.

Ahí también, las luchas por el poder político ardieron: la cuestión económica reapareció tímidamente en las Comunas, pero cayó en nimias luchas internas y no

fue bandera de extendidas agitaciones sociales. Democracias, aristocracias, tiranías — aquí nuevamente tenemos los términos diseñados para resolver el enigma. Y siglos más de experiencia, justo hasta nuestros días, hasta la revolución francesa, hasta 1860, hasta casi hoy, han dado a luz el principio de que: todos los gobiernos establecidos, fundados como lo están sobre desigualdades de circunstancias, son despóticos y monopolizan la riqueza nacional; que la cuestión política no puede ser resuelta, ni tampoco cualquier otro asunto de interés para la sociedad, a menos que haya una resolución de la cuestión económica.

Esta verdad es el gran avance en el siglo presente y el compendio, la quintesencia del socialismo teórico y práctico, la clave para la resolución de todos los problemas que desafían a nuestros cerebros y atormentan a nuestros corazones; ha emergido desde tres fuentes simultáneamente: desde las dolorosas experiencias de los trabajadores de las formas más libres de gobierno; desde el estudio de las relaciones entre el Capital y el Trabajo, lo que quiere decir, la Economía; y finalmente desde el nuevo acercamiento positivo de las Ciencias Sociales. Por lo tanto representa la bisagra de la Ciencia y la historia moderna; ha traído una revolución de ideas de largo alcance; y prepara el

terreno a una no menos grandiosa en la esfera de los hechos.

Acostumbrémonos a expresar todos los problemas sociales que puedan aflorar como la cuestión económica y a reducirlos a esta fórmula:
La desigualdad económica es la fuente de todas las desigualdades morales, intelectuales, políticas, etc.
En otras palabras, intentemos hablar con precisión, pues, como dice Condorcet, la ciencia es un lenguaje bien hecho, y hemos de estar en la ruta correcta.
Ofrecemos unos cuantos ejemplos:

***

La Emancipación de la Mujer

La emancipación de la mujer es un tema que ha sido debatido una y otra vez hasta el cansancio, seriamente y por reír, con diversos grados de éxito, aunque sin resultado, ni siquiera uno teórico. Algunos argumentan que la mujer nace inferior al hombre, como el esclavo al amo; otros quieren verla volverse su igual. La fisiología, la historia, la antropología, etc., han sido invocadas por uno y por todos, y nada ha salido de todo ello.

Si, en vez, se hubiese dicho que, "El asunto es comple-

tamente económico. Con el feudalismo acabado, ya no habiendo más dote y herencia; con el retiro a un convento ya no siendo más una opción; con la propiedad tan en peligro que para sobrevivir todos deben depender de sus propios recursos —es decir, de su trabajo, si es un trabajador, o de su industria, si es un capitalista— ¿con qué derecho se le dirá a una mujer: tienes prohibido el trabajo y la industria, tienes prohibida la vida y eres una ofrenda-sacrificio de fuego para un antiguo prejuicio, o más bien para una ley que gobierna la asignación de funciones dentro de la familia que vale más para otros tiempos, otras instituciones, otras circunstancias?" Si hubiese sido puesto de ese modo, y si la conclusión extraída de ello fuese que la mujer hoy ha de salir a trabajar, escogiendo, como lo hace cualquier hombre, el trabajo para el cual tuviese mayor aptitud, ¿no se habría llegado a una solución genuina para el problema? ¿No daría en el clavo esa solución? ¿Acaso el problema de las mujeres no conduce de nuevo al problema de los hombres, es decir, a la cuestión del trabajo —que debiese incumbirnos a todos y debiese ser compartida por todos— vale decir, a la cuestión económica?

Remarquemos, sin embargo, que hoy la cuestión económica puede ser resuelta solo teóricamente; el tra-

bajo de todos y para todos es aún una aspiración de la Ciencia y la Humanidad; en la práctica tenemos la competencia, es decir, la guerra civil entre trabajadores, hombre versus mujer, adulto versus niño, y capitalista versus todos. La carne de una persona es el veneno de otra; tu muerte es mi vida. De ahí la resistencia a la emancipación económica de las mujeres; de ahí la actual imposibilidad de una emancipación como tal. La emancipación de la mujer, como la del hombre, puede solamente ocurrir en un nuevo orden social.

***

Asuntos Religiosos

Llegamos ahora a un asunto igualmente importante: la cuestión religiosa. Contrario a lo que podría parecer, esta también es una cuestión económica, y es precisamente por no haber sido examinada desde ese ángulo que los apóstoles del librepensamiento han fracasado hasta ahora. Sus teorías no han tenido efectos entre las masas, y a pesar de las riñas entre el Estado y la Iglesia —las que podrían y debían haber tornado a su favor— y el consentimiento general de las Ciencias modernas en favor del librepensamiento, no han logrado arrebatar una sola alma al Satán en el Vaticano, ni le han arrancado siquiera una yarda de terreno al dominio del Papa y los cardenales. La cuestión religiosa es, como hemos

señalado, económica. De hecho, una religión tiene dos partes que la componen: teoría y organización. Las verdades filosóficas y morales que conforman la teoría de una religión no están para el debate; pueden ser la verdad o pueden bien ser errores, pero ya que la verdad, como todo asunto humano, está siempre mejorándose a sí misma, aquello que es verdadero en un momento del tiempo, o aquello que se adecua al pensamiento y expresión de un tiempo dado, ya no se adecua en otro distinto. La Iglesia Romana misma ha tenido que adoptar un lenguaje distinto entre un siglo y otro y, guste o no, una encíclica hoy se escribe distinto a una Bula de la primera o segunda eras cristianas. De modo que no es la teoría lo que conforma a la Iglesia, sino la organización.

La organización de la Iglesia, y de toda iglesia de toda época, es un calce perfecto para aquella de los Gobiernos. Tenemos la misma jerarquía, el mismo orden descendente de-arriba-a-abajo —en la cima, el poder, la riqueza, los enormes estipendios; abajo, degradación, obediencia pasiva, vidas de escasez y estipendios escasos. La diferencia entre Iglesia y Estado yace solamente en el modo en que extraen del pueblo lo necesario para alimentar y sostener su jerarquía. Ambos lo extraen del pueblo, uno por medio de una coerción

menor que el otro; uno por medio de la superstición, el otro por el uso de la fuerza. En otras palabras, Gobierno e Iglesia, es decir las clases gobernantes y dominantes, han adoptado el siguiente fundamento: El pueblo, se han dicho a sí mismos, puede ser despojado de sus posesiones de dos maneras; ya sea por medio de amenazas o por medio de la persuasión, o más bien, por medio de la amenaza de castigos terrenos o el terror de castigos trasmundanos. Estos dos medios no pueden ser utilizados por el mismo poder al mismo tiempo. Así que la Iglesia le dijo al Estado: dividámonos la tarea; tú puedes disfrutar del dominio de la fuerza, dejándome a mí el dominio del fraude, más seguro, más tranquilo; en cuanto a ti, O pueblo, dadle al César lo que es del César, y a Cristo lo que es de Cristo, y nunca vacilen en dar. Aparte, la Iglesia siempre le ha dicho al Estado: He de sostener sin falta tus derechos por medio de mi prédica y mis excomunicaciones, mis encíclicas, en resumen, mi arsenal moral; y, si hay necesidad, tú pondrás a mis enemigos —Albigensianos, Arnaldos de Brescia, Giordano Brunos, y tales— en la hoguera. La nuestra es una asociación formidable.

Han dicho esto y lo han cumplido. La Iglesia ha usurpado la mitad del mundo, la otra mitad ha sido tomada por el Estado. Una anécdota relatada por Washington

Irving en su biografía de George Washington se viene a la mente: Irving habla de ciertas tribus nativas americanas divididas entre los ingleses (quienes se describían como sus "padres") y los franceses (quienes se denominaron a sí mismos sus "hermanos"). Un día estos pobres nativos enviaron un mensaje a los representantes de los dos poderes que decía algo como: Está todo bien con que sean padres y hermanos; pero en el momento en que uno de ustedes intente tomar la mitad de nuestra tierra, ¿qué nos queda a nosotros que estamos condenados a vivir rodeados de "padres" y "hermanos"? Que es donde el Pueblo está hoy en cuanto a la Iglesia y el Estado. Claro, una vez que la Iglesia y el Estado hubieron tomado todo, terminaron por reñir entre ellos por quién tendría la parte del león. La Iglesia argumentó que el Estado estaba en deuda con ella por la obediencia de la población, y esto era cierto. El Estado argumentó que la Iglesia le debía a él por su tolerancia y por sus favores armados ocasionales, y esto era muy cierto. Aquí nuevamente el nudo que ata a Iglesia y Estado no puede ser desenmarañado, involucró diezmos, patrocinios, gorras de cardenal, etc. hasta que ambos cayeron en cuenta de que, tal como el estómago y los miembros, se necesitaban el uno al otro, así que se arreglaron, de modo de seguir con sus

viejos trucos a expensas del pueblo.
Y nótese también que la tierra no es lo único que se han repartido entre ellos. La Iglesia tiene un sistema de contribuciones muy parecido al del Estado. Desde el nacimiento hasta la muerte, te está acosando constantemente para que pagues unas monedas; siendo "monedas" una metáfora, pues en realidad sus contribuciones son bastante sustanciales. Es difícil creer lo que la Iglesia cobra voluntariamente a los fieles bajo un centenar de nombres diferentes: Comisiones de misa, limosnas, gastos funerarios, impuestos de sucesión, fondos parroquiales, Óbolo de San Pedro, etc. La Iglesia está formada por los fieles, sus ofrendas y votos. Con los ingresos de todas estas contribuciones voluntarias, que pagamos al clero, viven una vida de ociosidad y mantienen a sus… amas de casa. Nos cobran millones incluso por la canonización de santos; y los estilos de vida de monseñores y cardenales son de conocimiento público. La Iglesia tiene esta ventaja: se las arregla para exprimir a los más pobres; en su opinión, ningún indigente, arruinado o mendigo está exento de contribuir. Se apropia de las limosnas de los pobres y combina la más absoluta arrogancia con la más vil degradación; es un mendigo descarado, la clase de ser humano más

irritante y repugnante.
En resumen, la política de la Iglesia se puede resumir en la famosa máxima del Arzobispo de Seus: «La contribución del clero es la oración», por lo que vive de rezar. La Iglesia es la clase de aquellos que se han librado de sus obligaciones laborales para consagrarse a Dios; como si el Dios de los creyentes, habiendo condenado a todos al trabajo, hubiera hecho una excepción para esta clase.
La cuestión religiosa, por lo tanto, se reduce también a la cuestión laboral o a la económica. Las labores del sacerdote son comparables a las del usurero, el corredor de bolsa o el recaudador de impuestos estatales; el sacerdote no es más que un recaudador de impuestos eclesiásticos. En cualquier caso, cualquiera puede ser su propio sacerdote. La clase que debe ser abolida es la de aquellos que eluden el trabajo con el pretexto de la oración: que los trabajadores que se esfuerzan tanto reflexionen sobre esto: que, por falta de tiempo para rezar, corren el peligro de ir al infierno.

***

La educación

Se habla mucho de educación. El Congreso de Palermo acertó al declarar: «Quien no tiene lo suficiente para vivir, no está en condiciones de ir a la escuela». Sin em-

bargo, la lucha por la supervivencia implica que cada nuevo estudiante, cada trabajador educado, perjudica al resto. Reservada para la que será la clase dominante, la educación debe ser un monopolio; ¿de qué otra manera, salvo por una pequeña diferencia de inteligencia, sin que la política, las leyes y la ciencia oficial, etc., estén envueltas en el secretismo, se puede mantener a raya a millones de trabajadores?

Recibiremos la instrucción, y esa instrucción reflejará nuestras vocaciones y nos ayudaremos mutuamente a comprender e investigar una vez que se haya resuelto la cuestión económica. Siempre estamos presentes.

***

El derecho a la sindicación

Huelgas. o el derecho a la sindicación. La pregunta es: ¿cómo es posible que los trabajadores, que son la mayoría, no puedan someter a los empresarios, utilizando sus propias armas contra ellos y, por lo tanto, enfrentándolos en el terreno económico? Mill nos da la respuesta:

"Un propietario, arrendador, empresario y comerciante puede, en general, sobrevivir uno o dos años con sus ahorros, sin emplear a un solo trabajador. La mayoría de los trabajadores no podrían sobrevivir una semana, muy pocos un mes, y casi ninguno un año sin traba-

jo. A la larga, el empresario no puede prescindir del trabajador, como el trabajador del empresario, pero la necesidad del empresario no es tan apremiante".
Además, los empresarios utilizan las armas a su alcance para doblegar o corromper al trabajador. Los sindicatos de trabajadores se enfrentan a los sindicatos empresariales; y la victoria es para los que tienen más recursos. El propio Mill afirma que "cuando se trata de solucionar problemas importantes, los recursos pequeños no son suficientes" y que se necesitan recursos grandes para resolver la cuestión socioeconómica.

***

Libertada política y sufragio universal

La libertad de prensa, de reunión, de asociación y todas las libertades políticas del mundo —incluido el sufragio universal— no bastan. Los hechos lo demuestran: ¿pero cuál es la razón? Quienes no comprenden los problemas sociales se encogen de hombros y dicen que la culpa es de quienes no saben cómo utilizarlas. No, la culpa es de ellos, pues persisten en mirar la luna en el fondo del pozo. La libertad entre no iguales es la consagración del capricho del que está en la cima. Mientras le convenga, este ejercerá la libertad, solo para renunciar a ella en cuanto sirva los intereses de sus adversarios. El sufragio universal es una trampa; pue-

de que sea el pueblo quien elija, pero la persona elegida es quien manda, el Soberano. Sin importar la clase social a la que pertenezcan, los delegados conforman una clase distinta: la de quienes viven a costa del pueblo. Sus intereses chocan con los del pueblo del que reciben sus mandatos. De ahí las acusaciones de deslealtad, traición, etc. Puras palabras vacías: hasta la fecha, todos los delegados han traicionado al pueblo, ¡y todos lo harán! La desigualdad económica— es la raíz del problema de toda libertad.

***

El gobierno

Ahora vamos a detenernos un poco en el tema del Gobierno.

Ya sea absoluto, constitucional o republicano, siempre es como la Compañía Británica de las Indias Orientales: una clase manda, la otra obedece; una disfruta de una vida de ocio a costa del esfuerzo ajeno, mientras que la otra es explotada sin un céntimo o un pedazo del pan por el que tanto trabajan. Aquí también, tras la apariencia de una cuestión política, bajo el velo de versos inusuales, no hay nada, y nada acecha, salvo la cuestión económica: trabajar o no trabajar, comer o morir de hambre.

El Gobierno consiste en recaudar impuestos del

pueblo y repartir los ingresos entre los miembros de la clase dominante.

Sabemos que cada impuesto afecta al pobre; el impuesto sobre la tierra lo paga el arrendatario, el agricultor, el consumidor; los impuestos indirectos los paga el consumidor. Y cuanto más pobre es uno, más paga; así, el pobre usa más sal y paga el mismo impuesto por vino de mala calidad que el rico por vinos de mejor calidad, etc. En resumen —todos los economistas lo reconocen— cuanto más pobre es uno, más impuestos paga. Además, al ser delegados, funcionarios públicos, etc., la clase dominante disfruta de ciertos privilegios, como tarifas reducidas en tren, uso gratuito del tranvía, etc.; mientras que el pobre paga más que nadie.

Ahora bien, si sumamos los impuestos que el Estado exige año tras año, los fondos públicos, los bienes confiscados a los propietarios privados, las obras de beneficencia que administra, su cuenta privada y los bancos que gestiona, las sumas ascenderían a miles de millones. ¡Y luego nos sorprendemos de que la gente muera de hambre!

Esto es lo que exige; ¡veamos cómo lo reparte! Miremos a nuestro alrededor: ¿quién vive como Creso o como Sardanápalo? Unos cuantos banqueros, dipu-

tados, unos cuantos funcionarios. De lo contrario, solo podemos lamentar la pobreza generalizada.

Un ministro es, en realidad, un delegado con un sueldo exorbitante, que puede disponer de varios millones para gastos imprevistos y extraordinarios, que puede otorgar o quitar puestos de trabajo, que puede negociar con la Bolsa y salir victorioso, que se embolsa un porcentaje de cada gran contrato estatal y, finalmente, al dejar su cargo, se convierte en un acaudalado propietario.

El diputado en la Cámara es un potencial ministro, una figura clave en la conclusión de grandes acuerdos. Tomemos como ejemplo los contratos ferroviarios: la compañía ganará miles de millones a costa de la nación, pero cada diputado tiene su propia cartera de acciones; así que, al votar a favor de los contratos, se enriquece, es decir, pone a la nación a su servicio. Por lo tanto, por muy escandalosos que sean, los contratos se aprobarán. ¡Igual que las Regulaciones del Tabaco, las leyes aprobadas sobre el Banco Nacional, etc.! Cabe destacar que cada una de estas leyes provocó el desvío de miles de millones. Y el diputado tiene influencia en la Administración Pública, puede agilizar trámites y promover su propia profesión a costa de otros (basta con pensar en los diputados que son abogados)

y, como en el caso de los concejales provinciales y municipales, puede encontrar la manera de ganarse la vida sin mover un dedo. ¡Desconcertante! Sin embargo, esta es la realidad.

Pero claro, en su circunscripción, el delegado es un rey en octava parte; puede nombrar y destituir prefectos, asignar cargos, fijar el presupuesto municipal, comprar bienes públicos y privados, construirse un castillo. ¡Viva el nuevo señor feudal!

Ya hemos explicado claramente qué son los funcionarios públicos: la clientela de ministros y diputados, y del Estado en general. Son muchos y entonan ruidosamente homilías e himnos al Rey y a la Patria. Son el ejército político-electoral del Estado.

El ejército, la policía y el poder judicial son la mano del Gobierno y de la clase dominante, listos para reprimir y exigir obediencia a cualquiera que se rebele.

El hecho de que, para mantenerse en el poder, el Gobierno necesite tanto apoyo y todos estos gastos es realmente revelador. Pero así son las cosas: los gobiernos cuestan una fortuna y por cada dólar que se embolsa el Ministro, el Banquero o el Diputado, el pobre contribuyente paga mil dólares porque tiene que pagar al recaudador de impuestos, al funcionario,

al policía, al verdugo y a todos los demás.
Para no extendernos demasiado, concluyamos con esta cita de Proudhon: "El análisis y los hechos", dijo, "demuestran: que el impuesto de tasación, el impuesto sobre el monopolio, en lugar de ser pagado por quienes poseen, es pagado casi enteramente por quienes no poseen; que el impuesto de cuota, que separa al productor del consumidor, recae únicamente sobre este último... finalmente, que el ejército, los tribunales, la policía, las escuelas, los hospitales, los asilos, las casas de refugio y corrección, las funciones públicas, la religión misma, todo lo que la sociedad crea para la protección, emancipación y alivio del proletariado, pagado en primer lugar y sostenido por el proletariado, luego se vuelve en su contra el proletariado, o el trabajo se desperdicia en lo que a él respecta; de modo que el proletariado, que al principio trabajaba solo para la clase que lo devora —la del capitalista—, debe trabajar también para la clase que lo explota —la de los no productores—.
Aquí es donde nos lleva nuestro análisis de las funciones del Gobierno, es decir, del sistema político a través del prisma de la cuestión económica.
Un gobierno para todos, un gobierno administrativo, un gobierno libre de extorsión, emboscadas, injus-

ticias y privilegios, donde algunos se enriquecen y otros se empobrecen, un gobierno que no gobierna, o la mera distribución y realización del trabajo y distribución de bienes, tal no gobierno solo es factible una vez que el problema económico se haya resuelto mediante la propiedad colectiva de la tierra y la unión de los trabajadores. El problema político también se remonta al económico.

***

El castigo y la guerra

Ahora podemos hablar del castigo —otro problema que desafía la solución sin un giro radical, sin razonamiento económico.

El crimen es o bien rebeldía del oprimido contra el opresor, o bien fruto de la pobreza, o bien engendrado por la pobreza a causa de la ignorancia. Owen lo explicó muy bien: «La solución al problema económico es también la solución al problema del crimen».

El tema de la guerra también puede analizarse así: la igualdad de circunstancias entre las clases sociales conduce a la igualdad de circunstancias entre los pueblos, y esa igualdad de los pueblos pone fin a las guerras. Hoy en día, estas se libran, como decía Leopardi, en busca de azúcar o canela; para lograr la preeminencia comercial, para la explotación indus-

trial; como lo demuestran Túnez, Egipto y Marruecos.

Los Repúblicanos, Costa, y Estados Unidos

Podríamos seguir así durante un tiempo. Todos los problemas que afrontan la ciencia y la vida moderna están conectados de la misma manera: la cuestión económica. Un verdadero nudo gordiano que debemos cortar con la espada de…

Mientras tanto, se dice que la cuestión política y la económica van de la mano, y que hay gobiernos que también pueden «fomentar la difusión de ideas socialistas».

Así lo afirman los republicanos; así escribe Costa en ¡L'Avanti!

Los republicanos deben admitir que no entienden en absoluto los problemas sociales actuales y que siguen aferrándose a la vieja letanía de Dios, Patria, Libertad y Familia. Pero Costa pretende seguir siendo socialista, ¿¡y sin embargo reniega de la mayor conquista del socialismo, de su descubrimiento más preciado, de su primera y última palabra!?

Aunque esté hábilmente ejecutada, la parodia del programa socialista no es menos completa en el programa de Costa. Necesitamos volver a nuestros verdaderos principios y a la fuente sagrada del socialismo; ahí

es donde debemos regresar y bautizarnos de nuevo si de verdad queremos recuperarnos de la lepra del politicismo que apaga nuestro ardor y debilita nuestra fuerza.

Biblioteca anarquista
Anti-Copyright



Errico Malatesta
La cuestión económica
1884

The Method of Freedom
Traducido de la versión en ingles de la Biblioteca Anarquista

es.anarchistlibraries.net